

Marisa Villardefrancos

Introducción para dos cartas de una escritora olvidada



Nacida un 12 de octubre de 1915 en Vedru (A Coruña), María Luisa fue la mayor de las hermanas Villardefrancos, dos prolíficas escritoras de literatura infantil y juvenil de posguerra y, en su momento, notablemente leídas. Ambas eran hijas de una maestra de instrucción primaria, María de los Dolores Legrande, y de Luis Villardefrancos, empleado en el Registro Civil y escritor aficionado que colaboraba de forma esporádica en algunas revistas de la época. Por las cartas de la autora, sabemos que su padre fue un constante apoyo para sus hijas en sus ambiciones intelectuales: les costeó sus carreras universitarias, a pesar de las graves dificultades económicas por las que siempre atravesó la familia, e hizo todo lo que estuvo en su mano por ponerlas en contacto con personas que pudieran introducir las en el mundo literario. En el caso de Marisa, fue Wenceslao Fernández Flórez, paisano y conocido de su padre, quién le aconsejó que se dedicara a la literatura infantil y Francisco Camba el que le presentó a Consuelo Gil, directora de las revistas *Chicos* y *Mis chicas*, en las que Marisa empezaría a trabajar como colaboradora a principios de los años 40.

A los 4 años, Marisa había sufrido una parálisis infantil que le dejó secuelas para toda la vida. El dolor ya no la abandonaría jamás: aparecía bajo la forma de ataques periódicos y, en ocasiones, tan intensos que la dejaban totalmente postrada y sin fuerzas para salir a la calle durante varios días. Pese a ello, Marisa logró sacar la fortaleza necesaria para enfrentarse a su situación y llevar una vida impresionantemente activa para una persona con sus limitaciones físicas. Un conmovedor testimonio de su lucha lo encontramos en una de sus cartas:

«Yo» soy yo hijo mío, «a pesar» de las circunstancias. Yo pude ser una enferma degenerada en egoísmos y amargura y comencé a serlo a los veinte o veintidós años. Entonces me dije: «¡Dios mío! ¡Voy camino de esto!» y empezó una lucha tan terrible por no serlo; por matar la compasión a mí misma; el saborear mis penas; el contemporizar con mi cobardía y desaliento, que hilaba noche tras noche de insomnio y de lucha y llegué a creer que iba a perder la razón».¹

Fruto de todo ello fue el desarrollo de un carácter introvertido y, al mismo tiempo, de la necesidad de evadirse de la realidad mediante la lectura, ejercicio al que dedicaba todas las horas que podía y que contribuyó a potenciar su imaginación de tal forma que, a los siete años, ya había escrito sus primeros cuentos. Así pues, Marisa fue una de esas niñas para las que la literatura no fue únicamente un ejercicio placentero de ocio y diversión, sino la tabla de salvación que le permitió sobreponerse a la enfermedad a través de la autoimposición de un proyecto vital propio: convertirse en escritora de libros que ayudaran a otros niños como ella a encontrar el camino correcto. De ahí su especialización en la literatura infantil y juvenil con fines pedagógicos, así como la dimensión claramente moralista de toda su escritura en general -presente incluso en sus cartas privadas, como se podrá comprobar en la lectura de las dos que aquí se incluyen-; un propósito que lejos de ocultar, siempre que tuvo ocasión defendió en voz alta y clara:

[...] los diecisiete años son la edad de la adolescencia, o sea la edad de los problemas íntimos que difícilmente se confían a los demás. Mi deseo es ventilar, en mis novelitas los problemas juveniles, dándoles la mejor solución y facilitándoles mi consejo sin que tengan que pedírmelo. Pero no quiero sentar plaza de dómine, sino de amiga¹.

Marisa Villardefrancos también cultivó otros géneros: poesía, novela sentimental, guiones cinematográficos y radiofónicos, piezas de teatro infantil, algunas de las cuales llegaron a estrenarse

en los teatros madrileños Alcázar y Albéniz,... Además, colaboró activamente en varias revistas juveniles, participó en el célebre Teatro de Monigotes fundado por el dramaturgo Juan Antonio de Laiglesia, trabajó en las grandes productoras de cine de la España de posguerra como CIFESA o Suevia Films y fue ganadora del Concurso de Guiones infantiles cinematográficos del Sindicato Nacional del Espectáculo con su texto *Las campanas de la selva*.

A partir de 1968, año de publicación de su última novela en la editorial Cid, *La penumbra*, le perdemos la pista a Marisa Villardefrancos hasta tal punto que, incluso, se ignora cómo y cuándo murió. Los poquísimos estudiosos que se han interesado por ella no han logrado obtener informaciones acerca de los últimos años de su vida. Nadie recuerda ya a una autora que en su día consiguió, con muchos esfuerzos, ganarse la fidelidad y el respeto de un público numeroso. De ella sólo nos queda un nombre empañado por el olvido impreso en casi un centenar de libros publicados, difíciles de encontrar.

Notas

¹ Carta de Marisa VILLARDEFrancos a José Fernández Arroyo, 3 de mayo de 1949, pp. 2-3.

² Víctor ANDRESCO, "Hoy nos habla... Marisa Villardefrancos", en *Chicas. La revista de los 17 años*, 2ª época, núm. 42, (15 de abril de 1951), pp. 21-41.